

IAN
DAVIDSON

VOLTAIRE
una vida



Ariel

JUVENTUD

1694-1713

Voltaire nació en 1694, durante los últimos años de Luis XIV. Desde luego, en ese entonces no se llamaba Voltaire. Su verdadero nombre era François Marie Arouet, y no fue sino hasta 1718, cuando tenía 24 años y era una joven promesa literaria, que adoptó el nombre ficticio «Voltaire».

Su padre, François Arouet, fue un exitoso abogado con un despacho floreciente en el corazón de París, a un lado de los juzgados y el *parlement*. Voltaire era el menor de los tres hijos sobrevivientes de Arouet: el mayor era su hermano, Armand, que le llevaba nueve años, nacido en 1685; la segunda era su hermana, Marguerite-Catherine, que era ocho años mayor, nacida en 1686. Voltaire detestaba cordialmente a Armand, a quien después despreció más por ser un fanático miembro de la primitivista secta jansenista; pero le tenía un profundo apego a su hermana, Marguerite-Catherine, y cuando esta se casó, les tomó mucho cariño a sus dos hijas.

Existen dos incertidumbres sobre el nacimiento de Voltaire; al menos, existían en su cabeza. Oficialmente, nació en París el 21 de noviembre de 1694; fue bautizado en la Église St. André des Arts en París el 22 de noviembre, y la fe de bautismo dice que nació el día anterior. Pero Voltaire disputaba esta fecha: ya mayor

afirmaba que de hecho había nacido nueve meses antes, el 20 de febrero de 1694. También creía que su verdadero padre no era François Arouet, sino una figura incierta de nombre Rochebrune, quien era una especie de mosquetero, oficial y a veces poeta. Nunca presentó evidencias sobre ninguna de estas dos creencias.

Pasó gran parte de su juventud en una solitaria confrontación con su padre. Su madre, Marie-Marguerite Daumart, murió joven, el 13 de julio de 1701, con 41 años. Su detestado hermano Armand debe haberse ido de casa en 1703 o 1704, cuando Voltaire tenía 9 o 10 años; y su adorada hermana, Marguerite-Catherine, se casó (con Pierre François Mignot) en 1709, cuando Voltaire tenía 15. Así que desde mediados de su adolescencia hasta que por fin se fue de casa vivió solo con su dominante padre.

A François Arouet debe haberle ido muy bien económicamente, pues había podido comprar un despacho legal (*cabinet de notaire*) en París a la edad de 26. En 1696, dos años después de que naciera Voltaire, vendió el despacho legal y adquirió un puesto más elegante como recaudador de impuestos de especies en el Tribunal de Cuentas Públicas (*Receveur des Épices à la Chambre des Comptes*), lo que incluía un apartamento oficial en La Cour Vieille du Palais, cerca de la Sainte-Chapelle.

Era una historia impresionante de una familia en ascenso. El bisabuelo de Voltaire había sido terrateniente rural en Poitou; el abuelo (también llamado François Arouet) se había mudado a París para ser comerciante de seda y telas; y el padre de Voltaire había completado la transición al convertirse en abogado. En pocas palabras, la familia Arouet estaba escalando en lo profesional de manera rápida y eficiente, e iba bien encaminada a hacer la transición de su condición de simples plebeyos a algo más elevado.

El desarrollo profesional también le trajo a François Arouet un ascenso personal y social. Sus clientes incluían nombres tan nobles e influyentes como las familias Saint-Simon, Villars, Villeroy y Richelieu. El viejo *duc* de Richelieu condescendió a ser padrino del hermano mayor de Voltaire, Armand; su hijo iba a la misma escuela que Voltaire y los dos mantuvieron una amistad de por vida. Otra clienta era mademoiselle Ninon de Lenclos,

una de las cortesanas más célebres y más hermosas del reinado de Luis XIV; Voltaire la conoció en una ocasión, poco antes de que muriera, cuando ya era muy vieja y él aún muy joven.

François también conoció a algunas de las figuras literarias más prominentes de la época, incluyendo al poeta y ensayista Nicolas Boileau y al famoso dramaturgo Pierre Corneille; incluso es posible que Voltaire haya conocido al primero, quien murió en 1711, pero no al segundo, quien murió diez años antes de que Voltaire naciera.

El hijo y el padre no se llevaban bien; en especial, reñían con frecuencia por el deseo de Voltaire de ser escritor. Arouet, quien era muy tradicional, estaba convencido de que le había ido muy bien en su profesión, e hizo cuanto pudo por persuadir y luego presionar a su hijo a seguir sus huellas. Por su parte, Voltaire estaba igual de decidido a ser poeta y no abogado. Este debate convirtió prácticamente toda su juventud y adolescencia en una incesante lucha de voluntades con su padre.

Pero no se dio por vencido, su padre tampoco. Voltaire resistió los repetidos intentos de su padre de obligarlo a seguir la carrera de leyes; y al final demostró tener razón cuando a la edad de 24 años tuvo un éxito sensacional en la Comédie-Française con su primera tragedia, *Œdipe*; ese mismo año cambió su nombre a Voltaire. Su padre murió cuatro años después, tras admitir a regañadientes que su hijo tenía talento, pero trató de continuar la discusión incluso desde la tumba, castigándolo en su testamento.

Voltaire mismo no nos dejó casi ningún vestigio de su relación con sus padres, puesto que en sus cartas rara vez hace referencia a ellos. Durante su adolescencia y juventud a veces se refirió a su padre, pero solo como una figura de autoridad a la que había que obedecer o apaciguar; no hay rastro en sus cartas de aquella época del padre como ser humano. Su madre murió cuando él tenía apenas 7 años, y no la menciona hasta cincuenta años después de su muerte. Quizá la idea de Voltaire de que era ilegítimo en realidad era solo una historia que se contaba a sí mismo, por razones arquetípicas y míticas, como una manera de disminuir a su padre y racionalizar la ausencia de su madre.

En octubre de 1704, cuando tenía 10 años, su padre lo mandó de interno al Collège de Louis-le-Grand, en la rue Saint-Jacques. Era uno de los colegios más antiguos de París, fundado por los jesuitas en 1563 bajo el nombre Collège de Clermont. Era una escuela grande, con tres mil alumnos, de los cuales unos quinientos eran internos. Durante buena parte de su larga historia había estado en conflicto con la universidad de al lado, que la veía como una competencia injusta para los alumnos, pues los jesuitas habían decidido que la educación era una obra de caridad y que la colegiatura debía ser gratuita (los internos tenían que pagar las cuotas del internado). Aunque en el pasado este conflicto le había acarreado problemas a la escuela una y otra vez, para fines del siglo XVII los jesuitas estaban en la cumbre de su poder e influencia en Francia y, en 1682, Luis XIV le dio a la escuela su patrocinio, y con ello el derecho a llamarse Collège de Louis-le-Grand.

La decisión de François Arouet de mandar a su hijo menor a un colegio jesuita es intrigante. La Iglesia católica en Francia en ese momento estaba desgarrada por un intenso antagonismo entre dos sectas rivales, los jesuitas y los jansenistas, y Arouet había mandado a su hijo mayor, Armand, a una institución jansenista. Existían diferencias de doctrina y en específico de religión entre ambas sectas, pero desde un punto de vista político, la principal era que los jesuitas tendían a ser identificados con la monarquía y la corte, mientras que los jansenistas con el entorno de los juzgados y el parlamento, aunque solo fuera porque los abogados parlamentarios creían que su papel era uno de resistencia o incluso de oposición a la monarquía. Para François Arouet, abogado de profesión, enviar a su hijo mayor a una escuela jansenista pudo haber sido un reflejo natural; lo que requiere una explicación es por qué eligió algo distinto para el menor.

La explicación más sencilla, si bien especulativa, es que este cambio correspondió al rápido avance de su propia carrera. Armand Arouet nació en 1685, de modo que estaba listo para ir a la escuela alrededor de 1695. Al año siguiente su padre compró el lucrativo puesto de recaudador de impuestos de especies, pero no pudo obtener los beneficios plenos de ese trabajo sino hasta

cinco años después, en 1701. Así que cuando Voltaire estaba listo para ir a la escuela, en 1704, su padre estaba en la plenitud de su prosperidad, y quizá haya pensado que podía aspirar a más, ya que el Collège de Louis-le-Grand, era la escuela predilecta de la nobleza, los ricos y los poderosos. En pocas palabras, la decisión de François Arouet pudo haber estado motivada simplemente por un incremento en sus ambiciones paternas.

El régimen en el Louis-le-Grand era estricto y el nivel académico alto, con un plan de estudios que consistía sobre todo de latín. Cuando salió de ahí siete años después, Voltaire conocía a la perfección a los grandes autores latinos, y durante el resto de su vida podría citar con facilidad largos párrafos de Virgilio, Horacio o Cicerón. Pero su educación fue estrecha: aprendió poco o nada de historia (excepto historia antigua), poco o nada de matemáticas, poco o nada de ciencia y poco o nada de lenguas modernas. Esta estrechez no resultó ser un impedimento, puesto que siempre aspiró a una carrera literaria. Además, después aprendió inglés e italiano fluidos, y algo de español; incluso estudió suficientes matemáticas por cuenta propia como para convencerse de que podía entender las teorías de física de Newton. Pero lo paradójico es que su educación en cuanto a los clásicos fue muy unilateral, puesto que aprendió poco o nada de griego; de modo que cuando decidió convertirse en autor de tragedias clásicas, en última instancia basadas en las obras de Esquilo, Sófocles y Eurípides, no tenía acceso a los originales, excepto en traducciones al francés o al latín.

La escuela permanece, ahora se llama Lycée Louis-le-Grand. Sigue siendo uno de los colegios más prestigiosos de Francia; aún es muy grande, con 1 800 alumnos, y sigue aceptando una minoría importante de internos (339 a la última cuenta), que pagan €2 023 al año. Pero ahora es un colegio mixto, y el énfasis académico ha cambiado radicalmente del latín a una preponderancia de matemáticas y ciencia.

En un sentido, la escuela no ha cambiado: sigue siendo uno de los principales campos de entrenamiento de la élite del poder. Hoy la admisión se basa estrictamente en la competencia intelectual, pero en los tiempos de Voltaire atraía alumnos de muchas

de las familias más prominentes de aristócratas y profesionistas, incluyendo algunos de los nombres más rutilantes de la nobleza: Borbón, Condé, Guisa, Joyeuse, La Trémoille, Montmorency, La Tour d'Auvergne, Clermont-Tonnerre, Nemours, Noailles, Richelieu. Este era el lugar para hacer contactos entre los ricos y los poderosos, y uno de los beneficios más perdurables de la educación de Voltaire fue que le brindó gran cantidad de buenos amigos de la élite de la sociedad francesa, muchos de los cuales siguieron siendo sus amigos de por vida.

Los amigos que Voltaire hizo en la escuela en general provenían de la nobleza o bien de los miembros más exitosos de las altas esferas de la jerarquía legal, conocidos como la *noblesse de robe* ('nobleza de toga') o *robins* ('togados'). Incluía a los dos hermanos D'Argenson, de los cuales el mayor (el marqués) llegaría a ser ministro de Asuntos Exteriores bajo el gobierno de Luis XV, el menor (el conde), ministro de Guerra; el duque de Richelieu, sobrino nieto del cardenal Richelieu, quien llegó a ser uno de los principales cortesanos en Versalles y mariscal del ejército francés; y dos amigos literarios, Pierre-Robert Le Cornier de Cideville, que después sería *conseiller* en el parlamento de Ruan; y el conde D'Argental, que más tarde lo sería en el de París y siempre fue uno de los amigos más queridos de Voltaire.

No sabemos qué tan cercano era Voltaire de cualquiera de estos cinco jóvenes en sus años escolares. El mayor de los D'Argenson era de su edad, y quizá hayan estado en la misma clase, pero, al parecer solo asistió al Louis-le-Grand durante los dos últimos años que Voltaire estuvo ahí. El menor de los D'Argenson y el duque de Richelieu eran dos años menores que él. Y D'Argental, seis años, así que es posible que no se conocieran en el colegio.

El único compañero de escuela de quien Voltaire dejó un rastro vívido de amistad en sus días de estudiante fue un sexto joven, llamado Claude Philippe Fyot de La Marche, que venía de una familia rica y poderosa vinculada al parlamento de Borgoña. Ambos iban en el mismo grupo y terminaron la escuela en 1711, pero Fyot de La Marche evidentemente regresó a casa antes de que terminara el año escolar, dejando a Voltaire triste y solitario. Entre mayo y

agosto de 1711, a los 17 años, le escribió una serie de cinco epístolas de una nostalgia conmovedora, son prácticamente las primeras de su autoría que conocemos.

Te puedo asegurar, sin ninguna pretensión, que realmente veo que ya no estás aquí. Cada vez que me asomo a la ventana, veo tu cuarto vacío. Ya no oigo tu risa en clase. En todas partes te extraño, y solo me queda el placer de escribirte y de hablar de ti con tus otros amigos. Con mucho gusto viajaría a Borgoña, para decirte lo que ahora te escribo: tu partida me desorientó de tal manera, que no tuve el ingenio ni la fuerza para hablar, cuando viniste a despedirte.¹

La última de esta serie de cartas de Voltaire a Fyot de La Marche ilumina vívidamente un aspecto del programa académico del Collège Louis-le-Grand: el montaje de obras de teatro, dirigidas por los jesuitas y actuadas por los estudiantes.

Aplacé escribirte por dos o tres días, para poder darte noticias de la tragedia que acaba de poner el padre Le Jay. Una fuerte lluvia los obligó a dividir la función en dos partes, después de la cena, que a los alumnos nos dieron tanto placer como al padre Le Jay problemas: dos monjes se rompieron la clavícula uno tras otro, con tal precisión que parecía que se habían caído solo para divertirnos; el nuncio de Su Santidad nos dio ocho días de vacaciones; M. Theuenart cantó; al padre Le Jay se le fue la voz; el padre Porée rezó pidiéndole a Dios buen clima, pero en el momento culminante de su oración empezó a diluviar; eso es más o menos lo que ha pasado por aquí; todo lo que me queda, para poder disfrutar las vacaciones, es tener el placer de verte en París.²

La amable burla de Voltaire sobre la ineficacia de la plegaria del padre Porée a menudo se cita como evidencia de su escepticismo desde temprana edad sobre la religión cristiana. Bueno, puede ser; pero cuestionar la ortodoxia aprendida es algo que podría esperarse de casi cualquier adolescente inteligente y con buena educación, sobre todo cuando se predica en el semillero de un colegio exigente.

Si un joven ingenioso expresa una leve burla sobre la ineficacia de una plegaria por buen clima, no se debe tomar como evidencia de algo más significativo, excepto que tuvo el arrojo de expresar su escepticismo en una carta a un amigo.

El aspecto más interesante de esta carta a Fyot de La Marche es la luz que arroja sobre la práctica de los jesuitas de escribir y montar obras de teatro para que actuaran los jóvenes. Parte de esto sin duda era reflejo de la importancia del teatro en la vida de la alta sociedad en Francia a principios del siglo XVIII y del papel central que desempeñaba la Comédie-Française en el entretenimiento público. A su vez, esta exposición temprana a la experiencia del teatro en vivo, si bien amateur, debe haber ejercido una influencia crucial en la formación de la propia sensibilidad de Voltaire y bien pudo haber jugado un papel clave para animarlo a aventurarse a escribir obras de teatro él mismo. Los padres jesuitas no podían haber previsto que Voltaire llegaría a ser el más exitoso y célebre autor de tragedia clásica en verso de su época.

Cuando salió del colegio, en un principio cedió a los deseos de su padre de cursar la carrera de derecho, pero no le entusiasmaba, y se pasaba el tiempo visitando a poetas y personas ingeniosas, tratando de convertirse él mismo en poeta y persona ingeniosa, y sobre todo buscando relacionarse con aquellos en la alta sociedad o en el círculo literario, a quienes pudiera tratar de impresionar y que lo ayudaran a forjarse un nombre. Este estilo de vida de asistir a fiestas no era para nada lo que su padre quería ver, pero Arouet claramente no sabía cómo lidiar con su hijo recalcitrante. Primero, en la primavera de 1713, lo mandó fuera de París, a Caen en Normandía, pero eso no duró mucho. Después trató de sobornarlo, ofreciendo comprarle un puesto de abogado del rey; Voltaire rechazó la oferta. Luego su padre aumentó el precio y ofreció comprarle un puesto mucho más caro, como concejal del parlamento de París, que equivalía a comprarle un lugar encumbrado entre la nobleza de toga. Voltaire nuevamente lo rechazó.

Su padre hizo otro intento por ponerlo fuera de peligro enviándolo al extranjero. Resulta que el padrino de Voltaire, el *abbé*

de Châteauneuf, tenía un hermano, Pierre-Antoine de Castagnère, marqués de Châteauneuf, que acababa de ser nombrado embajador de Francia en La Haya. Arouet le pidió que aceptara a su hijo como secretario privado, el marqués aceptó y Voltaire obedeció. Sin embargo, recién había llegado a La Haya cuando se enamoró perdidamente de una encantadora joven y, al parecer, ella de él. Era una relación sumamente inadecuada.

La madre de la joven, madame du Noyer, tenía algo de aventurera: era una francesa que había sido protestante y había abandonado su protestantismo y a su marido en Francia, y ahora vivía de su ingenio en La Haya, en parte mediante la publicación de una controvertida gaceta informativa. Tenía dos hijas: Anne-Marguerite, que se había casado dos veces, las mismas veces que había enviudado; y su hermana menor, Catherine-Olympe, conocida como Pimpette. Fue de ella de quien Voltaire se enamoró. Ella ya había estado comprometida con un líder protestante rebelde de las Cevenas, que la abandonó. Luego se casó con un supuesto barón de Winterfeldt, y tuvo un hijo suyo, pero él también la abandonó.³ De modo que, aunque no era en ningún sentido una inocente, tenía apenas 21 años, dos más que Voltaire, y por las cartas que él le envió queda claro que debe haber sido absolutamente encantadora.

Voltaire no demoró en declararle su amor, pero el embajador demoró aún menos, pues en cuanto se enteró del asunto, de inmediato le prohibió que continuara su relación con Pimpette y le ordenó que regresara a París. El 25 de noviembre de 1713 Voltaire le escribió:

Creo, mi querida Demoiselle, que usted me ama; así que prepárese para usar en esta ocasión toda la fuerza de su ingenio. En cuanto volví a casa ayer por la noche, *M. l'ambassadeur* me dijo que debía marcharme hoy, y lo más que logré fue persuadirlo de posponerlo hasta mañana; pero me prohibió salir de la casa antes de mi partida. Me veo absolutamente obligado a partir, y a partir sin verla. En nombre del amor que le tengo, envíeme su retrato. Yo la amaré siempre, amo su virtud tanto como a su persona.⁴

Tres días después, Voltaire seguía en La Haya, pero bajo arresto domiciliario.

Aquí estoy preso en nombre del rey, pero podrán quitarme la vida mas no mi amor por usted. Sí, mi adorable amada, he de verla esta noche, aunque mi cabeza acabe en el patíbulo... Manténgase alejada de madame su madre como de su más cruel enemigo, no revele a nadie lo que le estoy diciendo, no confíe en nadie, esté lista en cuanto aparezca la luna, yo saldré de la casa de incógnito, tomaré un carruaje, o una calesa, iremos como el viento a Scheveningen, llevaré tinta y papel, escribiremos nuestras cartas (*¿de compromiso?*). Esté lista a las cuatro, yo esperaré cerca de su calle. *Adieu*, mi corazón amado.⁵

Dos días después, seguía en La Haya y hacía planes para ver a Pimpette.

No me iré, pienso, antes del lunes o martes; pareciera, querida mía, que tan solo posponen mi partida para hacer más agudo el dolor de estar en la misma ciudad que usted, sin poder verla. Me vigilan a cada paso; me resulta imposible ir a verte de día, a medianoche me saldré por una ventana. Avísame si puedo llegar hasta tu puerta hoy en la noche. *Adieu*, mi hermosa amada, yo la adoro...⁶

Dos días después, seguía en La Haya y de nuevo planeaba un encuentro secreto con su hermosa amada.

Mande a Lisbette a las tres, yo le daré un paquete para usted con algo de ropa de hombre, usted se arreglará en casa de ella, y si tiene la bondad suficiente de querer ver a un pobre prisionero que la adora, se tomará la molestia de venir al atardecer. Pero como conocen mi ropa y por lo tanto podrían reconocerla a usted, le prestaré una capa para ocultar su atuendo y su rostro; incluso rentaré un traje de hombre para mayor seguridad.⁷

Tal parece, por la carta que le escribió dos días más tarde, que la visita de Pimpette disfrazada de muchacho, fue un éxito maravilloso.

No sé si debo llamarla monsieur o mademoiselle; por mi fe que es usted un joven caballero adorable, y a nuestro portero, que no está enamorado de usted, le pareció que era un muchachito muy bello. Sin embargo, su apariencia era tan intimidante como adorable, solo me daba miedo que pudiera usted desenfundar su espada en la calle, por no dejar fuera nada del carácter de un joven; pero después de todo, aun disfrazada de joven, usted es tan buena como una muchacha. Me tengo que marchar el viernes, espere paciente a que le escriba desde París, esté siempre lista para partir, pase lo que pase la veré antes de irme: todo estará bien, siempre y cuando usted esté dispuesta a venir a Francia y dejar a su madre.⁸

La partida de Voltaire se retrasó una vez más y finalmente salió hacia París el 18 de diciembre, sin volver a verla.⁹ Pero cuando llegó a París, en Nochebuena, descubrió que en casa estaba metido en problemas tan serios que no se atrevió a mostrar la cara.

«Ni bien había llegado a París, en Nochebuena», le dijo a Pimpette, «cuando me enteré de que mi padre había sacado una *lettre de cachet* [orden de arresto] para que me encarcelaran. Le pedí a gente que hablara con él, pero lo más que pudieron obtener de él fue que me mandara a las islas [de las Antillas]; no lograron que cambiara su decisión de desheredarme».¹⁰ Voltaire se sometió a esta sentencia menor, en la única carta a su padre que sobrevive: «Acepto, padre mío, irme a América, e incluso vivir a pan y agua, siempre y cuando, antes de mi partida, me permita usted abrazar sus rodillas».¹¹

A los pocos días, su padre se había ablandado. Retiró su sentencia de destierro a las colonias francesas, siempre y cuando Voltaire aceptara dedicarse a una carrera legal seria. Este aceptó, y para el 20 de enero le decía a Pimpette que estaba de aprendiz en el despacho de Maître Alain, fiscal de la corte de Châtelet, «para poder aprender la profesión de *robin* a la que mi padre me ha consignado, y mediante la cual espero recuperar su amistad. Escribame a la atención de Maître Alain, rue pavé Saint Bernard. *Adieu*, querida; usted sabe que siempre la amaré».¹²

Pero Pimpette ya no respondía a sus cartas y, a esas alturas, para todo fin práctico, su aventura había terminado. Poco tiempo

después, ella se hizo de otro amante, llamado Guyot de Merville, un vendedor de libros de La Haya. Su traición alteró profundamente a Voltaire; 24 años después escribió: «Guyot de Merville nunca me ha dejado de doler porque tuvo la misma amante que yo hace veinte años».¹³ Esta no fue la única vez que una amante dejó a Voltaire por otro, pero puede ser la única en la que él expresó de manera tan abierta sus celos sexuales de tanto tiempo, lo cual podría ser indicativo de la intensidad de su primer amor.

Lo que es impresionante de las cartas de amor de Voltaire a Pimpette es la manera en que sus sentimientos parecen reflejarse en su dicción. En las primeras dos cartas, se dirige a ella formalmente con el pronombre *vous*; en las últimas cartas que le envió, Cartas 15 a 21, cuando en la práctica ya había dejado de verla, nuevamente usa el *vous* para dirigirse a ella. Pero en medio de su romance, en las Cartas 9, 12 y 14, oscila, a veces en la misma carta, entre el educado *vous* y el íntimo *tu*. Esto puede deberse a la intensidad de su excitación emocional y sexual.

Estas parecen ser casi las únicas ocasiones en todo lo que se conserva de su correspondencia en las que Voltaire tutea a alguien. La única excepción está en su correspondencia con Nicolas-Claude Thieriot, a quien conoció cuando ambos eran jóvenes aprendices en el despacho de Maître Alain en los primeros meses de 1714, cuando Voltaire tenía 20 años, y Thieriot, 18. En su primera carta a este, con todo el entusiasmo de una nueva amistad, como si se tratara de un amigo de la escuela o *copain*, lo tutea. Pero en lo sucesivo, en una correspondencia de unas quinientas cartas, y una amistad a la que Voltaire se aferró toda su vida a pesar de los deslices de lealtad y decencia por parte de Thieriot, siempre usó el formal *vous*.

La incertidumbre más fascinante en este tema es cómo se dirigía a Émilie du Châtelet, el más íntimo amor de su vida. Sabemos que la llamaba «Émilie», lo cual era una familiaridad inusual en aquellos tiempos, pero es evidente que ella lo tomaba como una entrañable señal de afecto, pues prácticamente lo presumía en sus cartas a otros. Sin embargo, no sabemos si la tuteaba, ya que casi todas las cartas que le escribió se perdieron o fueron destruidas.

Después de su carta del 10 de febrero de 1714, la correspondencia de Voltaire y Pimpette aparentemente cesó, no se conservan más cartas de él a ella. Pero no la olvidó, ni ella a él. Varias veces a lo largo de los siguientes cuarenta años, Voltaire tuvo pequeños gestos de bondad hacia ella, como cuando en 1736 le mandó comprar una mesita, en 1751 pagó algunas deudas que ella había acumulado durante mucho tiempo, en 1754 le envió un paquete, y en 1760, 46 años después del final de ese amor de juventud, utilizó su nombre para presentarse ante el marido de madame de Pompadour. A lo largo de estas décadas consecutivas obviamente él se mantuvo al tanto de la existencia de ella y permanecieron en contacto.

La madre de Pimpette reunió con esmero todas las cartas de Voltaire. En su momento, se opuso violentamente a la relación de su hija con un joven advenedizo, pero en 1720, cuando él se había convertido en una celebridad, ella publicó las cartas, sin duda a cambio de dinero.¹⁴